

*Mi idea es que la lectura ha perdido su viejo significado social y no termina de construir uno nuevo,
el que correspondería al mundo contemporáneo.*
Graciela Montes

Colocamos estas palabras bajo la reflexión de Graciela Montes porque sentimos, de algún modo, que todos en la actualidad nos estamos comportando con la lectura como quien está en falta y no sabe cómo repararla.

Pensemos, por ejemplo, en la promoción de la lectura que se está realizando a través de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, con el programa *Volver a leer*, en la gran cantidad de notas periodísticas que se están publicando sobre el tema, en la preocupación que manifiestan muchos adultos –padres, maestros, bibliotecarios- acerca de la cuestión.

Con frecuencia, estas preocupaciones no resultan productivas, porque suelen estar encuadradas dentro de los dobles discursos que caracterizan a nuestra sociedad: planes de lectura coexisten con escuelas y bibliotecas sin libros; inquietos conductores de televisión reflexionan sobre la importancia de leer pero muy rara vez dedican un espacio a reseñar un libro; adultos demandan soluciones para el problema de los chicos que no quieren leer, pero ellos mismos no lo hacen si no es por obligación.

Si es verdad, como dice Montes, que no terminamos de construir un nuevo significado para la lectura, es posible pensar qué significado tuvo en otros tiempos. La modernidad pensó la lectura como un modo de actuar sobre la realidad, de producir cambios. Es por eso que, consecuentemente, los gobiernos autoritarios recurrieron a las listas negras, las censuras, la quema de libros y cierre de editoriales, además de la cárcel y hasta la desaparición para los autores.

Otras veces la lectura fue vista como el gran homogeneizador que permitía unificar una sociedad demasiado heterogénea, como lo fue la nuestra en la época de la gran inmigración. Escuela pública más bibliotecas populares ayudaron a educar a los inmigrantes y a los hijos de los inmigrantes, y fueron factores decisivos para el ascenso social en la época en que el sueño del obrero analfabeto era tener un hijo doctor, y muchas veces se cumplía.

Hoy todos decimos que hay que volver a la lectura, pero no se sabe bien cuál sería el sentido de esta práctica. A veces nos parece que en nuestra época la lectura está demasiado asociada al consumo. En media hora se acabó la primera edición del último libro de Harry Potter en las librerías del Barrio Norte, en Buenos Aires. Y eso que estaba en inglés...

Tal vez, más que volver a la lectura, haya que ir hacia ella, intentando construir un sentido nuevo para esta práctica. Proponemos algunas posibilidades: leer como buscar pistas, encontrar claves, llaves que nos permitan descifrar la realidad y la fantasía, interpretar signos, construir significados, profundizar la información que recibimos por otros medios, criticar, construir nuestros propios relatos, que sería una forma de construirnos a nosotros mismos.

Estas son razones válidas para insistir con la realización de estas Jornadas, porque nos parece que pueden ayudar a encontrar un nuevo sentido para la lectura y, especialmente, para la lectura de lo literario. También insistimos en renovar este encuentro porque se nos

ocurre que es una forma de que la Universidad no se cierre sobre sí misma, de espaldas a la mayoría de la población, que no circula por ella, y permanezca dedicada a la producción de un saber que sólo va a circular dentro de su propio ámbito.

Gracias, entonces, por estar aquí, demostrando una vez más que cuando se abren espacios hay quienes están dispuestos a aprovecharlos. Que tengamos unas jornadas productivas, que lo pasemos bien y -como dijera Italo Calvino- *"que no se acabe el susurro de la lectura"*.

Elena Stapich